

JORDI DE LA TORRE

LOS HILOS DE

MOIRA

JML
Libros y Literatura

Segunda edición.

Los hilos de Moira.

© 2023, Jordi de la Torre.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Laura Mas.

© Diseño de portada e interiores: Marta Fernández.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-125372-2-2

Depósito Legal: A 219- 2022

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.

*And the people bowed and prayed
To the neon god they made...*

The Sound of Silence
Paul Simon



CAPÍTULO 1

ALEJANDRO

Toda persona adulta sabe quién quiere ser.

Es algo tan cruelmente simple, tan profundo y arraigado y tan inherente a nosotros mismos que, por mucho esfuerzo que pongamos para intentar cubrirlo u ocultarlo, resplandece cual diamante de la mayor pureza y de ilimitado valor. Tanto valor como sangre ha sido derramada para arrancarlo de las entrañas de la tierra y depositarlo con sumo cuidado en el centro preciso de nuestro ser.

Todos lo sabemos. Ha sido lo primero que has pensado al leer estas líneas. Quizá ya empieces a dudar de ello, reniegues abiertamente o busques un sustituto más aceptable. Quizá lo vuelvas a sepultar en el lugar oscuro donde lo tienes encerrado desde hace años, prisionero de ti mismo.

Puede ser cualquier cosa. Ya sea recibir el mayor de los aplausos en un estadio lleno de cien mil almas, puestas en pie por ti, o el de media docena de borrachos en un lóbrego bar de Los Ángeles. Completar los trazos finales de una obra maestra que se disputarán los principales museos del mundo, o conseguir el codiciado puesto de director de recursos humanos de Victoria's Secret. Amasar una fortuna vendiendo bolsos de piel de serpiente o grabar tu nombre para la eternidad como marca de

zapatos ineludible en los principales eventos de la alta sociedad neoyorquina. O sencillamente reposar con una tira de regaliz entre los dientes tras un duro y productivo día de trabajo en un campo de remolachas.

Lo sabes.

Alejandro Odriozola también lo sabía.

Lo supo siempre, desde que a los cuatro años posó el pulpejo del dedo índice sobre el pulido marfil de la tecla do del vetusto piano de la escuela. Entonces no hubiera podido expresarlo con palabras. Todavía no sabía demasiadas cosas, todavía andaba a tientas por el mundo. No sabía por qué irrumpía el sol cada mañana, deslumbrando su habitación, ni adónde se marchaba por las noches al zambullirse en el horizonte, no sabía siquiera dónde se escondían sus padres cuando lo dejaban frente a la verja del colegio. Solo sabía que adoraba con toda el alma los delicados sonidos que se sucedían en completa armonía cuando practicaba con ahínco escalas, estudiaba dobles pentagramas y trataba de seguir el ritmo del metrónomo con grandísimos esfuerzos, a pesar de las múltiples infecciones de oído que empezó a sufrir ya en aquella época.

Se esforzaba más que nadie, practicaba a todas horas. Apenas dejaba caer la mochila al llegar a casa y ya volaba hacia su habitación, su reino íntimo donde, a falta de medios para comprar un piano de cola, pasaba horas y horas con el sustituto eléctrico que sus padres se habían podido permitir. Alejandro no era el más talentoso pianista del mundo, pero sí el más aplicado.

En ocasiones, y no pocas, a medianoche se despertaba agitado tras un sueño intenso o alguna pesadilla, confuso y, escuchando música en su cabeza, notas danzantes que le iluminaban el rostro, se abalanzaba hacia el escritorio, sobre el cual había dibujado para horror (y no poco orgullo) de sus padres una rupestre ver-

sión de un teclado. La habitación en penumbra alumbrada tan solo por una diminuta lamparita de mesa de IKEA, los contornos difuminados y sus dedos recorriendo la superficie cada vez con mayor confianza, trazando los movimientos exactos que parecía haber aprendido muchísimo tiempo atrás, en alguna época o algún lugar ancestral donde vivió antaño. Silencio absoluto, un silencio pesado, áspero. El rostro del pequeño Alejandro apenas perfilado, sus ojos almendrados fijos en algún punto lejano e insondable, mordiéndose el labio inferior, en ocasiones haciéndolo sangrar.

Solía andar con llagas en la boca.

Solía tararear mientras desayunaba, en el asiento trasero del coche cuando lo llevaban o traían del colegio. Tarareaba en el dentista y sus dedos se movían con voluntad propia.

Siempre supo que sería pianista. Lo sabía él y lo sabía cualquiera que pasara más de diez minutos a su lado. No había otra opción.

No jugaba con los LEGO que le regalaba su padre; los abandonaba tras unos pocos y tristes intentos de ensamblarlos. No dibujaba más que instrumentos, notas y combinaciones de colores que representaban la música que tenía en la cabeza, no intercambiaba cromos o jugaba al fútbol, ni veía interminables horas de dibujos animados como el resto de los niños de su clase.

Cuando empezó a faltar a clase, incluso tuvo más tiempo para practicar.

Luego la fiebre subió. Los dolores. Sus padres se asomaban por una rendija a su habitación en penumbra y lo descubrían inclinado sobre el escritorio, sobre el dibujo del teclado cuyos trazos ya casi se habían desgastado. Unas gotas de un sudor pegajoso recorrían su rostro lívido y caían sobre la mesa.

Había cumplido nueve años cuando tuvo que pasar dos semanas enteras en el hospital. Los pinchazos en el oído izquierdo le hacían aullar de dolor.

Incluso allí, febril, con la piel tan blanca como las sábanas que le cubrían, rodeado de máquinas, de las idas y venidas de enfermeras y doctores, en medio del ajetreo, de los nervios, del miedo aséptico, sus dedos seguían pulsando notas y escalas invisibles sin descanso. Solo esperaba el momento de ocupar de nuevo el mullido banquillo del piano de la escuela. A su lado, sentados en incomodísimas butacas donde pasaban los días y noches en duermevela, sus padres no perdían detalle del baile de sus dedos, y luego se miraban en silencio, y ni el más prodigioso de los poetas sería capaz de plasmar en papel todo lo que se dijeron sin mediar palabra durante aquellos interminables días.

Alejandro estaba tranquilo, en su inconsciencia.

Practicaba como fuera, donde fuera. Mejoraba, cada vez tocaba piezas más ricas y complejas. Sabía quién era, sabía lo que quería. Era pianista, era músico. Con cuarenta de fiebre, aferrándose al borde de la cama y mordiéndose los labios para no despertar a su madre, respiraba hondo cuando el pinchazo remitía un poco, y dormía sin problema.

Sabía lo que quería ser.

Y cuando todo se torció de verdad, cuando a los once años y tras una ronda de especialistas que había durado dos largos años, más camas, más salas de espera con tebeos de Mortadelo y Filemón o de Astérix y Obélix y más doctores de aspecto progresivamente más serio, incluso taciturno —el último, un individuo huesudo de dedos largos y finos que no se atrevió a mirarle a la cara cuando le anunció su pérdida de audición irreversible—, aun así una parte de él, una parte irreductible, una parte que siempre quedaría encerrada en lo más profundo de su ser, pensó

que nunca dejaría de saberlo. No podía concebir otra cosa, no podía imaginarse en otro lugar que no fuese frente a las ochenta y ocho teclas del piano.

—Nada es imposible —le dijo su padre cuando abandonaron el hospital—. Nada.

Él no respondió. Su madre andaba unos pasos atrás.

Durante un tiempo escuchó mucho el nombre de Beethoven. Se lo repetían sus padres, que se turnaban por las noches para leerle su biografía completa, profesores, amables enfermeras, rostros desconocidos que se cruzaba aquí y allá. Una y otra vez, la misma letanía. Es posible. Aún puedes hacer lo que quieras. Aún puedes ser.

Es curioso cómo funcionan las mentiras. Alejandro se aferraba a ellas como al último bote antes del naufragio, como si fingiendo que las creía estas pudieran transformarse en verdad, en algún tipo de verdad. Cuando se inundó por los innumerables agujeros que siempre tuvo, quedando a merced de la cruel verdad, las odió, odió a sus padres por contárselas, a los médicos, a todo el mundo. Acumuló tanto odio que apenas podía soportarlo.

Incluso a veces, estas sí, muy escasas, en noches negras donde se sentaba frente al escritorio como antaño y posaba las puntas de los dedos sobre las sutiles líneas que ya no se molestaba en repasar, casi desaparecidas, rozándolas, sin llegar a pulsarlas, odiaba la música.

Es fácil saber quién eres. Otra cosa muy distinta es llegar a serlo.

Al final las sutiles melodías se acabaron mezclando, se atenuaban y se perdían en un océano de sonidos amortiguados que le llenaba de frustración, perdiendo los matices. El mejor audífono que pudieron costearse le brindó una vida casi normal. Le permitió volver al colegio y seguir con sus estudios. Pero ese casi,

era un universo entero, eran galaxias llenas de posibilidades que jamás podría alcanzar. A duras penas soportaba las bromas de los otros niños, la crueldad intolerable cuando hablaban a voz en grito, mofándose, mirándose luego de reojo y estallando en carcajadas. Se enfadaba, golpeaba las paredes, pateaba muebles, peleaba con el primero que le mirara mal y acabó adoptando el papel de niño problemático e irascible como si se enfundara un disfraz hasta entonces abandonado en un polvoriento rincón del armario.

Y así, Alejandro se rindió.

Tenía trece años recién cumplidos cuando guardó en una anónima caja de cartón su piano eléctrico, las partituras, el set de afinación que todavía no había llegado a usar, el reposapiés, todos los accesorios que le habían ido regalando en anticipo del feliz día en que pudieran comprarle un piano de verdad. No lo hizo con suspiros, o con excesivo dramatismo. Ordenando su habitación, una tarde después de las Navidades, simplemente reparó en aquellos objetos que ocupaban espacio y habían sido gradualmente abandonados.

Su padre guardó la caja en el fondo del armario de la habitación de invitados y la ocultó bajo gruesas mantas de lana, sepulcándola durante muchos años hasta que un Alejandro adulto la volviera a abrir.

A esa tarde le siguieron quince primaveras en las que Alejandro coleccionó excusas, empezó a jugar al fútbol como cualquier otro niño y llegó a disfrutar de la natación, utilizó cinco modelos cada vez más perfeccionados de audífono, guiñó el ojo a muchachas efervescentes que huían entre risas y faldas ondeantes y compartió noches y borracheras e incluso peleas con amigos que se difuminarían con el paso del tiempo (excepto uno). Tras el colegio, estudió ADE, aprobó y suspendió exámenes que re-

cuperó entre fiestas y proyectos frustrados, y acabó enviando un currículum modelo a la mitad de empresas que encontró en LinkedIn. Asintió cuando todo su ser le gritaba «no», primero en entrevistas donde explicaba la historia de un muchacho llamado Alejandro Odriozola que tuvo que inventar a sus diez años (nunca mencionando nada relacionado con la música), luego en oficinas, en cubículos donde pasaba las horas frente al brillo mortecino de la pantalla del ordenador, y leyendo el diario con mohín preocupado como si le importara lo más mínimo lo que ocurría en otras partes del mundo, y bebiendo demasiado café. Llegaba a casa tan cansado y hastiado que solo podía dejarse caer en el sofá junto a su pareja y ver la enésima repetición de *The Big Bang Theory*.

Podría haber seguido en esa dinámica muchos años. Haber ascendido y haberse casado, haber invertido en *bitcoins* o haberse hipotecado o comprado un coche eléctrico o un robot de cocina. Hubiera sido tan simple como dejarse llevar. Era un camino sin pérdida, pavimentado y con indicaciones claras. El destino, una plácida infelicidad. Pero ese 10 de febrero, a sus veintiocho años, sabiéndose la única persona en el andén, un Alejandro Odriozola de repente rejuvenecido, con los ojos resplandecientes como no los tenía desde hacía muchos años, como si fuera un niño de nuevo, reparó en que su camino acababa de saltar por los aires.

El tren se alejaba de la estación con un silbido prolongado, siguiendo la fina y ondulante línea de la costa.

Era una estampa casi romántica, compuesta por una finísima neblina de puro frío, juegos de luces y texturas que semejabán el más inspirado cuadro de Turner que nunca pintó. Alejandro se ajustó la gruesa bufanda de lana para que le cubriera la mayor parte de su rostro afilado, de rasgos graves. Le envolvían la penumbra y grotescas sombras deformadas como maquiavélicas

presencias. La gélida brisa y el denso y vaporoso vaho se elevaban en graciosas volutas hacia el cielo estrellado. Todos los sonidos amortiguados por el murmullo cadencioso del mar acariciaban con voluptuoso desdén la arena de la playa, los sucios y disonantes sonidos de la ciudad. Se quitó con cuidado el diminuto aparato del oído. Tan odiado. Tanto. Lo sostuvo en alto. Suspiró.

Fue entonces cuando el peso de la realidad, de lo que había hecho, empezó a tomar forma.

A sus pies, yacía la maleta con los escasos enseres que había traído consigo.

Desde el bolsillo de la chaqueta le llegó una vibración que despertó viejas angustias, esa familiar opresión en la boca del estómago. Deslizó la mano hasta palpar la superficie de plástico del móvil, recorriéndola con el pulpejo de los dedos hasta que localizó el botón de encendido, igual que en el pasado buscaba las notas sobre la madera del escritorio, o sobre las teclas pulidas del piano. Lo apagó.



—Intentemos que sea breve —dijo alguien al empezar la reunión, apenas veinticuatro horas antes—. Que nos conocemos.

Era una reunión de supuesta emergencia tras detectarse irregularidades en uno de los informes mensuales de facturación. Cinco trajes pulcros, sin arruga a la vista, corbatas de tonalidades sobrias, bolígrafos tomando notas o trazando círculos o esbozando figuras sinuosas de heroínas excepcionalmente dotadas sobre cuadernos gastados. La calefacción convirtiendo la sala en un agradable oasis en un febrero que estaba resultando gélido. Alejandro Odriozola perfilaba el contorno de las poderosas caderas de una amazona que empuñaba una espada de hoja ancha y recubierta de sangre goteante.

Mientras dibujaba, la voz monótona del director acariciaba sus dañados tímpanos como las suaves y armoniosas notas de un *jazz* aséptico de ascensor. Hablaba de responsabilidades, de garantizar la calidad de los datos, de confianza, de nada en particular. Luego intercalaba anécdotas que debían servirle como algún tipo de enseñanza. En momentos como aquel, Alejandro siempre soñaba con desprenderse del pequeño audífono que, conectado a las cavernas más profundas y vergonzosas de su cuerpo, le permitía mantener una vida relativamente normal.

Sobre la mesa circular reposaban los móviles de última generación de los cinco asistentes, parpadeando y removiéndose como epilépticos sin control a medida que llegaban mensajes, momento que todos aprovechaban para responder con disimulo. Mientras revisaban las últimas publicaciones en Instagram de amigos, conocidos, o cualquier intento de celebridad, su semblante se mantenía siempre serio, pétreo, como si el peso de alguna ignota responsabilidad fuera abrumador.

Era un día como cualquier otro.

En algún momento indeterminado entre las exuberantes vacaciones de Emily Ratajkowski en Grecia y el último entrenamiento de glúteos de Adriana Lima, de repente se le ocurrió una idea increíble. Era como si los engranajes de su hastiada mente encajaran de forma milagrosa, provocando un alud de inspiración que incluso a él mismo le sorprendió. Estaba seguro al noventa y nueve por cierto del motivo por el que los datos no cuadraban, el motivo que los había llevado a aquella sala y que podría resolverse en cuestión de minutos. Era tan simple...

En ese preciso instante hablaba el jefe de contabilidad. Nadie le escuchaba en toda la sala.

Alejandro levantó la vista del móvil e hizo amago de intervenir.

—¡Coño, pero déjale acabar de contarle, Odroza! —le atajó el director, impaciente por volver a tomar la palabra, aunque llevaba casi un cuarto de hora sin prestar atención al rumbo de la reunión. Se lo merecía, claro. Así que se encogió de hombros. No le respondió siquiera que, tras dos años trabajando allí, debería saber, al menos por mantener un atisbo de respeto, que su apellido realmente era Odriozola.

Empezó a escribir en su cuaderno, junto a la amazona, los datos que a la postre tardarían dos horas en encontrar, validar y enviar.

En esas se hizo tarde para la hora de la comida, y a las cuatro se encontró engullendo un pedazo de pollo recalentado en el *office*. Sus compañeros protestaban sobre la ineptitud de sus superiores, sin darse cuenta de que ellos mismos no se escuchaban siquiera los unos a los otros, y mucho menos se interesaban por los insignificantes problemas o grandezas de los demás. Mientras tanto, los microondas zumbaban a sus espaldas, e incluso el aire se notaba de segunda o tercera mano.

«Claro que sí», dijo Alejandro, sin saber a qué respondía exactamente. Resultó que uno de sus compañeros había propuesto salir a tomar un café.

Volvieron pronto a la oficina porque alguien tenía una reunión a las cinco. Quizá Alejandro también la tenía (le ponían tantas que perdía la cuenta a menudo), pero cuando explicara la historia de aquel día, nunca podría recordarlo.

Tras dejarse caer sobre la mullida silla giratoria de su cubículo, tragó saliva y se dispuso a introducir su contraseña (contraseña123) en el ordenador, tragándose el orgullo y pasándose la tarde trabajando con bases de datos y esperando que llegaran las seis para marcharse a casa.

Y en ese preciso instante, con los dedos sobre el teclado, tuvo la idea.

Unos minutos más tarde, todavía en la misma posición, sacudió la cabeza como si despertara de un sueño profundo, y paseó la mirada por la oficina, por los rostros como máscaras muertas y los cuerpos encorvados y los centenares de dedos tecleando sobre superficies de plástico. Se fijó en Carlos, frente a él, adicto a perder cantidades abusivas de dinero invirtiendo en divisas, ahora abstraído en su pantalla. En Marta, su amor platónico de oficina, con sus pantalones ceñidos de llamativos colores y que ahora le parecía un cadáver mortecino en plena descomposición. Incluso el aire resultaba enrarecido. Sintió que se ahogaba, que sus mismos pulmones le urgían a huir.

—Ahora vuelvo... —masculló.

«Ahí os quedáis», pensó.

Mientras pasaba los tornos y emergía al exterior, se preguntó cuánto tiempo pasarían sus compañeros deteniéndose junto a su silla en los siguientes días, frente al ordenador bloqueado, cuánto tiempo tardaría alguien en mover su taza, la calculadora en la que jamás había confiado y que parecía incapaz de realizar la más simple suma, en robarle los auriculares o los bolígrafos o bien cotillear su cuaderno lleno de garabatos y dibujos.

Porque si algo tenía claro era que jamás volvería a pisar aquel lugar.

Únicamente podía pensar en su idea, aferrándose a ella con la misma desesperación con la que aporreaba las teclas imaginarias del piano dibujado en su mesa cuando era pequeño, en la negra noche, solo en su habitación.

Cuando llegó al coche, sentado ya con las manos aferradas al volante, dudó. Todo parecía irreal, similar a los sueños en los que se perdía a menudo, en los que volaba por regiones inexploradas y se convertía en personas que no eran él. Pero aquello era distinto. Se desprendió del audífono y los sonidos externos de repente

se amortiguaron, se convirtieron en sombras lejanas. Sacó el móvil y respondió algunos mensajes, abusando de los emoticonos como si aquellas caras pudieran empezar a representar lo que bullía en su interior. Luego introdujo con suavidad la llave en el contacto, y arrancó.

Algo en lo más profundo de su interior acababa de prender.

Desde el delicioso café de la mañana, bien calentito, que sostenía entre las manos sentado en la mesa de la cocina, en total silencio, hasta una frase inspirada en el libro que estuviera leyendo, o el descubrimiento casual de alguna canción maravillosa que a partir de entonces tararearía durante semanas. Todo ello a la pira, todo pasto de las llamas. Incluso los días en que, contra todo pronóstico y superando sus mejores expectativas, conseguía salir del trabajo con tiempo y energías suficientes para ir al gimnasio o a la piscina. Esas brazadas enérgicas, impregnadas de una infinita delicadeza cuando la mano se introducía oblicua en el agua, y aquellos momentos posteriores en que dejaba vagar la mente por regiones plácidas y reconfortantes donde sonaban lejanas (casi furtivas) notas de piano. Por supuesto, también los gestos suaves y deliciosos e íntimos con Silvia, abrazados en el sofá deslizándose entre las gruesas mantas hacia las hondas regiones del sueño, bosques espesos cubiertos de rocío donde se perdían de la mano. Sus mejillas aterciopeladas y sus leves ronquidos mientras él bajaba unos puntos el volumen del televisor y seguía viendo el último capítulo de *House of Cards* tras recorrer su rostro y su cuello con besos de mariposa.

Todo eso era maravilloso. Todo ello era su vida. Pero también debía arder.



—No me lo puedo creer.

La voz le llegó lejana, rompiendo el delicado equilibrio de los pensamientos en los que se había perdido mientras añadía zumo de limón, sal y pimienta a lo que sería la salsa *chraimeh* que acompañaría unos deliciosos filetes de salmón. De la *tablet* que reposaba sobre la encimera, a la que Alejandro echaba fugaces vistazos para confirmar los pasos de la receta, surgía una envolvente melodía a medida que los prodigiosos dedos de Ray Charles se deslizaban sobre un lejano y olvidado piano.

—Tú. Cocinando —murmuró Silvia, sacudiendo la cabeza, sin moverse del umbral de la cocina, como si tuviera miedo de avanzar y adentrarse en la dimensión desconocida que representaba aquella estancia, siempre fría, aquellos fogones siempre gélidos, pero que ahora resplandecían y chisporroteaban de pura vida. Los brazos en jarras, un mechón suelto cubriéndole el ojo izquierdo. Parecía casi asustada.

Silvia tenía poca paciencia, y odiaba lo inesperado. Así que no pidió explicaciones, no dudó, o si lo hizo no lo expresó en voz alta, no preguntó qué acontecimiento increíble le había afectado tanto como para salir antes del trabajo y le había permitido reunir energías suficientes primero para hacer la compra y luego para adentrarse en la ignota selva que era aquella cocina. Farfulló algo sobre su largo y penoso día (por aquel entonces trabajaba en el departamento de recursos humanos de una respetada editorial especializada en grandes pensadores clásicos), sobre su jefa, sus compañeros, algo sobre un *brunch* para el fin de semana. En ese punto, quizá comprendiendo que Alejandro no la escuchaba y que no tenía la menor intención de fingir interés, anunció que necesitaba un baño.

—Avísame cuando esté listo.

Sus pasos se perdieron por el pasillo. Él siguió cocinando. Su

mente bullía, volvía una y otra vez a las ideas que ya empezaban a inundar la Moleskine que, pocos días después, ya no tendría una sola página en blanco. Había dedicado casi tres horas a intentar darle forma a sus pensamientos. Pero conformaban un ente tan abstracto, tan grande. Sin darse cuenta empezó a silbar, tarareando al son de la música, incluso deslizándose por la estancia con una gracilidad nunca vista, siguiendo los cambios de ritmo y aprovechando los silencios para remover la salsa.

Percibió movimiento a sus espaldas.

Paseó la vista distraído por los pliegues de la toalla *beige* que cubría las formas menguantes del cuerpo de Silvia, las curvas sutiles de sus estrechas caderas, la humedad de su piel morena, esplendorosa, que siempre había asociado a largos paseos por caminos pedregosos y polvorientos bajo un sol de justicia. El cabello húmedo, apelmazado, revelaba su rostro ovalado y sus mejillas estaban cubiertas de infinitesimales pecas. Era una mujer preciosa. Alejandro siguió aliñando la ensalada. Ella se acercó con movimientos felinos y le besó. Primero en la mejilla, provocándole un escalofrío.

—Pensaba que vendrías conmigo —murmuró con voz juguetona.

—Estoy con la salsa. Pruébala —dijo él, tendiéndole una cucharada de salsa *chraimeh*, que quedó suspendida en el aire.

—Voy a sacar vino.

Cenaron con la campaña electoral estadounidense de fondo, mofándose de los comentarios de Trump y sin apenas cruzarse una mirada, como si ambos tuvieran miedo de asomarse al interior del otro.

—He tenido una idea para una aplicación —comentó Alejandro como de pasada, mientras recogían los platos y los colocaban en los distintos compartimentos del lavavajillas—. Creo que puede ser bastante buena.

—Ah. Y qué es.

Llevaban juntos casi seis años, desde que se conocieron en la universidad. Tantos recuerdos, tantos detalles que podrían justificar toda una existencia. Tantos besos, tantas risas, tantas caricias furtivas y miradas cómplices que llenarían miles de libros. Pero si algo recordaría Alejandro hasta el último de sus días era el timbre exacto de la voz de Silvia al pronunciar esas palabras.

Desgana, hastío. Como si, a base de escuchar sus proyectos frustrados una y otra vez, fuera capaz de poner el piloto automático y repasar mentalmente el catálogo de Privalia mientras de su boca surgían los sonidos que ella creía que él esperaba, calmándole como si fuera un niño excitado que solo necesitara caer rendido en la cama. Cuando las pronunció se encontraba de espaldas, colocando el último plato en el lavavajillas. Luego se volvió hacia él y en su rostro se reflejó una fugaz sorpresa al encontrarle allí plantado, observándola.

—¿Y bien?

—Tengo que darle una vuelta. Ya te lo contaré cuando lo vea claro.

—Oh. Vale.

Se acercó y se inclinó ofreciéndole un último y casual beso. Sus labios estaban húmedos. Alejandro intentó devolverle el beso, pero ya se había marchado, ya la oía suspirar al dejarse caer en el sofá, liviana, haciéndose un ovillo y esperándole bajo las mantas. Allí se sumergió él también en un cálido éxtasis, sintiéndola tan cerca, temblorosa como una hoja al viento mientras su cuerpo se acostumbraba al nuevo microclima donde cayó plácidamente dormida diez minutos más tarde. Su rostro se hundió en el regazo de un Alejandro triste, nostálgico, que capturaba hasta el más nimio detalle de su tez, su respiración acompasada, aquellos movimientos involuntarios que le hacían sonreír. Sin poder contenerse, algunas lágrimas cayeron por su rostro. Acariciaba

el sedoso cabello de Silvia, hundiendo los dedos y dejando que se perdieran en aquellos pastos, mientras cambiaba de canal en la televisión. Su mente abotargada por el vino daba vueltas a las numerosas ideas que habían nacido durante la tarde, un rompecabezas casi infinito en el que todo encajaba y que se iba expandiendo con nuevas e increíbles posibilidades. En la televisión, un muchacho se adentraba en un desván polvoriento para encontrar un juego de mesa llamado *Jumanji*, leyendo la inscripción que, convenientemente modificada, se convertiría en el mensaje de aviso que tantos millones de personas han leído alguna vez:

«Moira, una aplicación para aquellos que buscan, quizá, el modo de dejar su mundo atrás. Pulsa “continuar” para empezar a ser quien quieres ser. Advertencia a los aventureros: no empecéis si no pensáis terminar. Las terribles consecuencias de ser valiente y honesto contigo mismo solo terminarán cuando llegues a la meta.

Felicidades de antemano, y buena suerte, aunque no la necesites».



No la vio marcharse a la mañana siguiente. Cuando sonó su alarma, a las siete y media de aquel trascendental 10 de febrero, Alejandro se removió en la cama inquieto, palpando la cálida almohada a su lado, todavía impregnada del olor y la ausencia de una Silvia a la que no volvería a ver en mucho tiempo.

Se levantó cinco minutos más tarde y, por primera vez en muchos años, quizá desde su niñez, lo hizo con energía, con determinación. Todo su cuerpo y su mente funcionaban a máxima potencia. Incluso en sueños le había seguido dando vueltas a la aplicación, refrescando sus básicos conocimientos de programación para adaptarlos a las diferentes ideas que nacían y se mul-

tiplicaban. Algoritmos y datos, inmensas cantidades de datos. Café en mano, sentado en la mesa de la cocina, llenaba páginas de la Moleskine a velocidad endiablada con dibujos, frases sueltas, requerimientos.

Solo las teclas de un piano habían llegado a fascinarle tanto alguna vez.

Sobre la mesita de noche, el móvil empezó a sonar.

Alejandro dejó de escribir y se incorporó, taza en mano. A lo lejos, la tonadilla no cesaba, insistente. Avanzó por el pasillo, poblado de aquellas reproducciones de Pollock que Silvia adoraba, con repentina pesadez, como si la fuerza de la gravedad fuera ahora demasiado para soportarla, como si cada paso supusiera un esfuerzo inhumano. Ya en su habitación, observó la pantalla del móvil, el odiado nombre de su jefe, el director de una empresa de *software* cuyas puertas no volvería a cruzar. Se le hizo extraño pensar que veinticuatro horas antes se hallaba en una aséptica sala de la quinta planta frente a él, escuchando sus historias y soñando precisamente con lo que ahora se disponía a hacer.

Desbloqueó el móvil y buscó un número casi olvidado.

El simple hecho de leer su nombre le trajo una avalancha de recuerdos como agujas afiladas. Marcos Horta, su más viejo amigo del colegio, su mayor o único apoyo cuando todo se quebró, cuando sus oídos le fallaron y se vio obligado a introducirse en un grupo del que hasta entonces había renegado. Decir que eran íntimos sería faltar a la verdad. Hubo una época en que sabían todo del otro, en la que compartían sueños y moldeaban la realidad acorde a sus ilusas expectativas. Con él nacieron los primeros proyectos frustrados de Alejandro, los cortometrajes que a duras penas conseguían acabar, con ellos dos como directores, guionistas, actores e incluso técnicos de iluminación, los proyectos de negocios que nunca llevaban a cabo por una u

otra razón. El equipo de fútbol-5 que no ganó un solo partido en toda la temporada. Los acercamientos a las chicas a la salida del colegio, en los primeros bares a los que se asomaron nerviosos y con sus mejores galas, o finalmente en discotecas sosteniendo el roncola en la mano y empujando al otro o presentándolo de la forma más ridícula posible. Acercamientos vergonzosos, fracasos que acababan con ambos volviendo tambaleantes a casa por callejuelas empedradas bajo un sol naciente.

—Hola, Marcos.

Un buen día Marcos le dijo que se mudaba a Londres, mientras tomaban unas cervezas en una terraza. Había encontrado empleo en un banco, una buena posición, mucho mejor que el trabajo basura que tenía allí, temporal, sin posibilidades; le ofrecían mejor sueldo, responsabilidad, y lo valorarían por lo que había estudiado, por lo que sabía, por lo que podía hacer. Alejandro murmuró una felicitación. «Podrás venir a verme», le decía Marcos. «Les enseñaremos a esos ingleses quiénes somos nosotros». Él asintió y levantó la copa. Claro que sí.

—Álex. Cuánto tiempo.

Hacía tres años desde la última vez que habían hablado. Tres años. Incluso en sus respectivos aniversarios, ya tenían poco o nada que decirse, y solventaban el trámite con un par de impersonales mensajes por WhatsApp. Alejandro escribía las felicitaciones con un nudo en el estómago, sin saber qué decir, qué preguntarle, y acababa por comentar vagamente los últimos partidos o fichajes del Barcelona. No había nada que decir. O quizá lo único que quería decirle era demasiado patético y le resultaba imposible ponerlo por escrito sin derrumbarse. Cómo decirle que desde que se marchó, o incluso antes, desde el mismo momento en que lo anunció, ya siempre se había sentido solo.

—Necesito tu ayuda, Marcos —dijo con la voz rota, sentándose en la cama todavía deshecha, sábanas que jamás volvería a alisar, almohadas sobre las que ya no volvería a posar la cabeza, igual que no volvería a darse la vuelta para contemplar a Silvia por las noches, contemplar su perfil, los labios entreabiertos, su respiración, y pensar «qué hago aquí»—. Eres la única persona a la que puedo recurrir.

Llegó una risa fresca, espontánea, desde el otro lado. Casi pudo imaginar el rostro de su amigo, según las últimas fotografías que publicaba con cierta regularidad en Instagram, con su poblada barba de leñador, sus ojillos negros. Enfundado en el carísimo traje entallado que usaba para trabajar, su disfraz, incongruente con su aspecto físico (y aún más con lo que había debajo, lo que solo conocía Alejandro), y con su inseparable corbata blaugrana que pensaba que le traía suerte.

—Siempre he pensado que me llamarías con esa frase, tío. Exactamente con esa.

—Tenía que haberte llamado antes. Me sabe fatal.

—Eh. Yo tampoco he llamado.

Permanecieron en silencio unos minutos, ambos con una sonrisa en los labios.

—Bueno, cuéntame —dijo al fin Marcos, cerrando la puerta de la sala de reuniones donde se había refugiado—. ¿Ya lo has mandado todo a la mierda?

Alejandro se dejó caer sobre la cama. Suspiró, y fue quizá el mayor suspiro de su vida.

—Pues sí. Eso es lo que he hecho.

—Por fin, coño. ¡Felicidades! Y ahora qué quieres hacer.

Solo él podía entenderle. Si alguien conocía el precio de la frustración era el hombre que se hallaba al otro lado de la línea.

—Marcos, he tenido una idea increíble. La mejor que nunca

haya tenido. Es una idea que va a cambiarlo todo. Puedo tardar meses en tener algo decente, o más. Quizá años. Ni siquiera sé si yo solo puedo hacerlo, seguramente tendré que contratar a alguien.... Lo único que sé es que si me quedo aquí nunca lo haré.

—¿Qué necesitas?

—Me sabe mal pedirlo.

—Álex. Dilo de una vez.

—¿Todavía acumula polvo la vieja casa de tus padres, la de la playa?

—Es toda tuya, con una condición.

—La que sea.

—Antes o después pasaré por ahí. No sé cuándo. No sé si será este verano, o en Navidad, o el día en que a mí también se me haga imposible seguir.

—¿Esa es la condición?

—No, coño. La condición es que, cuando ese día llegue, haya sitio para mí en ese proyecto.

Álex rio.

—Como si apareces mañana.

—Espero que sea una buena idea, Álex. De verdad. Ahora en serio.

—Lo es.